

La niña de la lluvia.

Hardmeier, Leonora.

Cita:

Hardmeier, Leonora (2014). *La niña de la lluvia. Jornadas Jacques Lacan y la Psicopatología. Psicopatología Cátedra II - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jornadas.psicopatologia.30.aniversario/61>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehOw/vQF>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA NIÑA DE LA LLUVIA

Como una niña de tiza rosada en un muro muy viejo
súbitamente borrada por la lluvia.

A. Pizarnik, “Caminos del Espejo”

El propósito de este trabajo es presentar un caso que se desarrolló en dos momentos, y que continúa hasta la actualidad. Si bien su modalidad de presentación es propia de esta época, relacionada a los llamados “ataques de pánico”, quisiera destacar cómo la enseñanza de Jacques Lacan nos orienta para poner en cuestión ciertos diagnósticos establecidos y plantear nuevas líneas de abordaje.

La primer consulta

Leila, en ese momento de 9 años, concurre a la entrevista de admisión acompañada por su padre, quien relata que todo había comenzado 5 años atrás. Dice que Leila nació en Buenos Aires, pero cuando la niña tenía 4 años la familia se trasladó a un país vecino (país de origen de la madre de la niña) por cuestiones laborales.

Refiere que la zona en la que se instalaron era muy cercana a la selva, una región donde llovía la mayor parte del año, y que a partir de una tormenta muy fuerte “Leila empezó con los ataques, no se podía calmar, no comía, lloraba todo el tiempo”. Dice que la única manera en que Leila se tranquilizaba era si se acostaba en la cama con su esposa y con él.

Como la situación se fue agravando, llevaron a Leila a varios especialistas pero ningún tratamiento dio resultado, motivo por el cual deciden volver a Buenos Aires y consultar nuevamente.

Por su parte, Leila dice: “Vivo pendiente del pronóstico del tiempo. Aunque apenas esté nublado, me agarra el ataque. No lo puedo controlar”. Al preguntarle por el momento en que comenzó esta situación, hace un relato detallado de una escena que

ubica a sus 4 o 5 años. Habla de una gran tormenta, “distinta a otras veces, porque el cielo se puso negro como nunca. El viento hacía volar todas las cosas, parecía que todo iba a desaparecer”. Dice Leila: “Pensé que nos íbamos a morir. Mi papá no estaba. Mi mamá me gritó que me quede debajo de la mesa, que ahí no me iba a pasar nada. Había un ruido terrible, como si todo fuera a caerse encima nuestro. Yo tenía mucho miedo. Empezó a llover, y llovía tanto que todo se inundó. No me acuerdo mucho más. Sólo sé que después de esa tormenta, me quedó un miedo terrible a la lluvia, y cada vez que empieza a llover, me pongo muy mal”.

Leila y su padre hablan de los “ataques de pánico” de la niña, tomando este rótulo de los dichos de un psiquiatra al que habían consultado.

Si bien Leila llega con este diagnóstico, siguiendo a Lacan, podemos pensar en una fobia, situando su desencadenamiento en el momento de la tormenta. En el Seminario IV (LACAN 1956-57, 247), leemos: “La fobia introduce en el mundo del niño una estructura, sitúa precisamente en primer plano la función de un interior y un exterior. Hasta ese momento, el niño estaba, en suma, en el interior de su madre, acaba de ser rechazado, o se lo imagina, está angustiado, y entonces, con la ayuda de la fobia, instauro un nuevo orden del interior y del exterior, una serie de umbrales que se ponen a estructurar el mundo”.

En otra entrevista, Leila comentará que su mamá perdió dos embarazos antes de tenerla a ella. “El primero, lo perdió enseguida, y el segundo, después de unos meses que estaba en su panza, le dijeron que se había muerto. Ella me contó que tenía miedo de que a mí me pasara lo mismo, y que por eso iba muy seguido al médico cuando yo estaba en su panza. Tal vez por eso yo le tengo tanto miedo a la muerte. Siempre pienso que podía haber muerto, que podría no haber nacido”.

También se refiere a las preguntas que se hace y que la angustian, preguntas insistentes en relación a su origen, por qué vino al mundo, por qué es mujer y acerca de enfermedades, o si se está volviendo loca. Dirige estas preguntas constantemente a su padre y dice que se pone muy mal cuando él no sabe que responderle. A su madre la define como “fría y bruta”, que no sabe ni entiende nada.

Este primer momento duró unos 6 meses. Recorto dos intervenciones: una en relación al cuidado de su madre hacia ella, cuestión que la sorprende, porque manifiesta que nunca había pensado en su madre de esa manera, y otra en relación a su padre, quien podía no saber todo, pero que podía ayudarla en la búsqueda de información. Después de ese tiempo, Leila comienza a faltar, se comunica telefónicamente conmigo y manifiesta que no quiere seguir viniendo porque ya “estaba bien”, ya no presentaba ese miedo paralizante a la lluvia ni “ataques de pánico”, como ella los llamaba.

El regreso

Hace un tiempo recibo una llamada del padre de Leila, quien me pregunta si sigo atendiendo en el mismo centro de salud mental, porque su hija está mal y quería saber si podían volver a consultar. Es así que vuelvo a ver a Leila después de 4 años.

Leila, ahora de 13 años, dice: “Me estoy enrollando con el tema de que tengo alguna enfermedad”. Explica que en realidad ella está convencida de tener cáncer, leucemia más precisamente. Al preguntarle desde cuándo piensa esto, relata: “Unos días antes de las fiestas, vino mi abuela materna. Ella me dijo que me veía muy pálida y me preguntó si me había hecho algún análisis de sangre para ver si estaba anémica. Enseguida empecé a pensar que seguramente tenía leucemia. Desde ese momento, no puedo dejar de pensar en eso”.

Refiere estar cada vez más angustiada. “Todo, pero todo el tiempo estoy pensando en este tema. Pregunto mil veces a todo el mundo si piensan que tengo cáncer

y cuando me contestan que no, pregunto cómo saben si no tengo. Y si no lo tengo ahora, como saben que no voy a tener cáncer más adelante”. Dice que se pone tan nerviosa que llega a vomitar, le duele constantemente la cabeza, no puede dormir y dejó de asistir al colegio.

Trato de indagar un poco más que ocurría por la época en que esta idea se tornó tan insistente, y relata que su hermana mayor estuvo viviendo con ellos hasta mediados del año anterior, momento en el que tuvo una pelea muy fuerte con su madre y se fue de la casa. Volvió para la época de las fiestas, embarazada. Y en esos días estaba por tener a su beba.

Leila plantea que sus padres creen que esto le pasa porque cuando ella era chica era el centro de atención y que por eso ahora piensa que siempre tiene que seguir siéndolo. “Pero hay algo que es verdad, y es que no tolero que hablen de otra cosa que no sea de mí. No lo hago a propósito, lo hago porque sale de mí”.

Dice que, en realidad, desde que empezó con el miedo a la lluvia a partir de aquella tormenta, nunca dejó de tener distintos miedos. “Los conté, y fueron 11 cosas a las que le tuve miedo: a los tumores, a que me roben, al fin del mundo, a un tsunami como en Japón, a los espíritus, a la Gripe A. Cuando se terminaba uno, empezaba otro. Pero los más fuertes fueron a la lluvia y éste”. Además, comenta que no tolera quedarse sola, al punto que siempre durmió en la cama con su madre, mientras su padre dormía en la cama de ella. “Es como si no quisiera crecer”, dice Leila.

Algunas reflexiones

Como fue planteado, considero la primera presentación como una fobia, tomando el significante “lluvia” un lugar preponderante, significante que produce el pasaje de la angustia al miedo, constituyéndose un síntoma fóbico que permite mantener anudada la estructura.

Como plantea Lacan (LACAN 1956-57, 403): “Al estar ese significante ahí en la medida en que corresponde metafóricamente al padre, permite que se efectúen todas las transferencias, todas las transformaciones necesarias en todo aquello que es complicado y problemático en la relación inscrita en la línea inferior –o sea la madre, la función fálica y el niño-, que requiere en cada ocasión, con respecto a la madre real, un triángulo distinto. Para ello se necesita un término que para el niño sea imposible de dominar, que dé miedo, incluso que muerda”.

En esa oportunidad, a lo largo de las entrevistas, el miedo va cediendo, cobrando preponderancia las preguntas insistentes en relación a la muerte. Podríamos pensar que, en este sentido, se pasaba a una modalidad de pensamiento obsesivo (tomando como referencia el Seminario 16, donde Lacan plantea la fobia no tanto como una entidad clínica permanente sino como una placa giratoria (LACAN, 1968-69, 280): “Ella [la fobia] vira muy frecuentemente hacia los dos grandes órdenes de la neurosis, histeria y neurosis obsesiva”).

El segundo momento se plantea en relación al convencimiento de Leila de tener cáncer, convencimiento que por momentos rozaba lo delirante. Podemos pensar que de algún modo podría relacionarse con las preguntas acerca de la muerte planteadas en la primer consulta.

En este sentido, es llamativo un dato que aporta Leila posteriormente: su abuela paterna, a quien ella no había llegado a conocer, había muerto de leucemia, y dirá que se sentía culpable porque con lo que le pasaba podía entristecer a su padre al hacerle recordar ese hecho.

Más allá de lo que podríamos pensar como ganancia secundaria en relación a esta modalidad (lo que la paciente ubica como necesidad de que los otros estén pendientes de ella), podemos situar que este “pensamiento hiperintenso” se instala no

sólo en relación a los dichos de su abuela materna, sino también al regreso de su hermana, quien por esos días estaba por dar a luz a su hija. ¿Será que ante esta coyuntura se produce un nuevo desencadenamiento, que lleva a una nueva construcción sintomática, esta vez ligada a una identificación a esta abuela paterna muerta de leucemia? La enseñanza de Lacan nos seguirá orientando en este recorrido.

Bibliografía:

Lacan, J. (1956-1957), El Seminario, Libro 4, Las relaciones de objeto. Paidós, Buenos Aires, 1994.

Lacan, J. (1955-1956), El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente. Paidós, Buenos Aires, 1999.

Lacan, J. (1968-1969), El Seminario, Libro 16, “De Un Otro al otro”. Paidós, Buenos Aires, 2008.

Schejtman, F. (2010), “Encadenamientos y desencadenamientos neuróticos: inhibición, síntoma y angustia”, en *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*. Grama, Buenos Aires, 2012.